

Lección inaugural del curso 2001-2002

Traducción, innovación cultural y recuperación nacional*

RAMON PINYOL i TORRENTS

«La traducciones han tenido, ya desde los orígenes, un papel importante para la fijación del idioma, la difusión de la cultura, el estímulo de la creación indígena, la solución entre el desequilibrio planteado por la demanda de un público de niveles culturales –y adquisitivos– remarcables y una producción original que, por razones demográficas, ha sido más bien limitada.» Estas palabras, con las que Joaquim Molas iniciaba la entrada «Traduccions» en el *Diccionari de la literatura catalana* publicado en 1979 por Edicions 62, me parecen una síntesis precisa y redonda del significado que la traducción, literaria y no literaria, ha tenido y tiene para nuestra cultura.

Si en los países anglosajones, en conjunto, la publicación de traducciones representa un porcentaje ínfimo comparada con la producción original, en los países europeos, excluidas, claro, Gran Bretaña e Irlanda, la traducción suma, en cambio, una cantidad notoria de títulos. No se trata, quede claro, de que los EUA, el Reino Unido y la antigua Commonwealth tengan más y mejores escritores que el resto de literaturas del mundo: es, más sencillamente, una cuestión cultural, explicable no sólo por razones de hegemonía política y económica, sino también por razones históricas. Pensemos, por ejemplo, en la importancia de las traducciones del griego en la consolidación de la literatura latina. O en el hecho de que sean traducciones del latín muchos de los primeros testimonios escritos de lenguas como el catalán (las *Homilies d'Organyà* y el *Forum Iudicum*), el castellano y el vasco en el mismo documento (las *Glosas Emilianenses*) y el francés (los Juramentos de Estrasburgo).¹

Catalunya, con tanta frecuencia acusada de cerrarse en sí misma –y precisamente por quienes «desprecian cuanto ignoran», por decirlo con el verso de Antonio Machado–, ha estado a lo largo de su historia muy interesada en la traducción y ha practicado sobradamente «la circulación de las ideas», que es, como decía Mme. de Staël en un texto clásico de la traductología, «de todas las formas de comercio, la que tiene ventajas más notables».²

* Debo a mis queridos colegas los doctores Manuel Llanas y Pere Quer su lectura del presente texto y sus siempre atinadas observaciones.

1. Sobre el valor fundacional de las traducciones, véase Henri van Hoof, *Histoire de la traduction en Occident*. París/Lovaina: Duculot, 1991.

2. «De l'esprit des traductions», recopilado en versión bilingüe en E. Gallén, M. Llanas, M. Ortín, R. Pinyol i Torrents y P. Quer, *L'art de traduir. Reflexions sobre la traducció al llarg de la història* (Vic: Eumo Editorial/Fac. de Traducció de la UPF/Dept. de Traducció de la UAB/Fac. de Ciències Humanes, Traducció i Documentació de la UVic, 2000), p. 300-307.

La riqueza literaria de un pueblo no acaba en sus escritores clásicos y contemporáneos, sino que se extiende también a aquellos autores extranjeros importantes que conforman nuestra visión del mundo, desde Homero a Shakespeare, de Dante a Goethe, de Poe a Baudelaire. Este hecho, que parece evidente, no siempre queda adecuadamente reflejado en las historias de la cultura ni en las historias de las literaturas nacionales. Y es que, en general, la historia de las tracciones está por hacer casi en todas partes. En los últimos 15 o 20 años, sobretodo por el hecho de que los estudios de traducción e interpretación han conseguido el estatus universitario, en nuestro país se ha generado investigación en este campo y, aunque exiguos, se han hecho algunos avances. No siempre, de todas formas, el problema es el conocimiento insuficiente, porque hay épocas y aspectos que los filólogos hace mucho tiempo que conocen. Así pues, desde inicios del siglo XX, nuestros medievalistas han incluido las traducciones, o determinadas traducciones, entre las obras «clásicas» de los escritores catalanes de la época,³ como la versión de la *Divina Comèdia*, del vicense Andreu Febrer, la primera en verso a una lengua europea de esta obra de Dante. De hecho, por ejemplo, el catálogo de la colección «Els Nostres Clàssics», de la Editorial Barcino, contiene esta traducción junto con otras traducciones medievales. Hace poco tiempo, por el contrario, que los historiadores de la lengua han empezado a incorporar las traducciones catalanas medievales a sus estudios, que ya muestran resultados del mayor interés.⁴ Una parte significativa de estas traducciones, así como muchas obras catalanas originales, fueron traducidas también al castellano,⁵ cosa bien conocida de los especialistas, pero que incomprensiblemente casi no se refleja en las historias de la literatura castellana. Es bien curioso si tenemos en cuenta que muchos aspectos de la cultura castellana de esta época se explican precisamente por la influencia que en ella ejerció la literatura catalana, la cual, además, hizo de mediadora cultural con sus traducciones de autores latinos, franceses e italianos. (Y cabe recordar que el papel de puente entre Europa y Castilla se ejerce no sólo en la época medieval, sino también en la contemporánea). Supongo que es por ello, dicho sea sin ánimo de ofender, que son necesarios los llamados «decretos de humanidades».

Dejémoslo y retomemos el hilo de nuestro tema, que no es otro que el papel significativo que ha tenido la traducción en nuestra historia como factor de innovación cultural y literaria. Es por ello que la encontramos en lugar destacado en los momentos de recuperación y reconstrucción nacional más intensos. En cierta forma, el repaso de la historia de las traducciones catalanas que les propongo permite descubrir el sentido histórico de cada período; por decirlo con palabras de

3. Para una visión de conjunto del protagonismo de la traducción catalana medieval, véase Lola Badia, «Traduccions al català dels segles XIV-XV i innovació cultural i literària», *Estudi General*, nº 11 (1991), p. 31-50; también Curt Wittlin, *De la traducció literal a la creació literària*. València/Barcelona: Institut Universitari de Filologia Valenciana/Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995. Conviene tener en cuenta que el estudio de las obras medievales considera una noción más amplia de traducción, pero siempre relacionada con la divulgación y la incorporación de obras que importan por su contenido y también por ser modelos de lengua y cultura.

4. Véase el gran uso que hacen de ellas Josep M. Nadal y Modest Prats, en la *Història de la llengua catalana. 2/El segle XV* (Barcelona: Edicions 62, 1996).

5. Véase Jaume Riera Sans, «Catàleg d'obres en català traduïdes en castellà durant els segles XIV i XV», en *Segon Congrés Internacional de la Llengua Catalana. Vol. VIII. Àrea 7: Història de la llengua* (València: Institut de Filologia Valenciana, 1989), p. 699-710.

Nietzsche, «se puede calcular el grado de sentido histórico que posee una época por el modo en que realiza traducciones y procura incorporarse épocas y libros pretéritos».⁶

I

En la Europa occidental la traducción moderna nace, como es sabido, con el Romanticismo. La traducción literaria en Catalunya, en cambio, no puede empezar a desarrollarse al menos hasta el último tercio del siglo XIX. Me refiero, claro está, a la traducción al catalán, la cual, por razones de viabilidad comercial, se vehiculará más por medio de la prensa que no del libro. En la mayoría de países europeos aparecen ya en este momento dos tipos de traductores: el profesional y el escritor doblado a traductor. Pensemos sólo, en este segundo caso, en figuras como Goethe, Novalis, Hölderlin, Baudelaire, Mallarmé o Coleridge. En Catalunya habrá que esperar hasta el siglo XX para que pueda enraizar, no sin precariedad, esta doble tipología de traductores. De hecho, dada la debilidad del mercado editorial en catalán, en el siglo XIX la figura del traductor profesional no existió, y fueron los escritores quienes, con dedicación y fortuna muy diversas, se ocuparon en exclusiva de la traducción literaria al catalán. Una traducción en la que participan literatos de toda clase y condición, desde personajes de primera fila como Jacint Verdaguer, Narcís Oller, Joan Sardà, Apel·les Mestres o Miquel Costa i Llobera, hasta hombres de letras desconocidos o completamente olvidados, pasando por figuras secundarias, pero estimables, como Ramon E. Bassegoda, Casimir Brugués, Pere Aldavert o Ernest Moliné i Brasés.

Debo hacer notar que la traducción en la época decimonónica se realiza sistemáticamente a partir del francés –las excepciones son pocas y poco relevantes–, tanto si se trata de autores franceses como anglosajones, alemanes, rusos o clásicos griegos. El papel del francés como lengua intermediaria para la traducción al catalán (y al castellano), que llega como mínimo hasta 1936, no por sabida debe dejar de remarcarse hoy, cuando nos parece tan obvia la traducción directa, si queremos entender cómo funcionaron los intercambios culturales en el siglo XIX y buena parte del XX.

Revisando el siglo XIX, hay que precisar de entrada que no hay versiones catalanas de autores extranjeros en número significativo hasta la década de los 80, cuando empieza a afianzarse la Renaixença. Durante el primer tercio del siglo parece que se publicaron en catalán unos 400 títulos,⁷ de los cuales tan sólo media docena son traducciones, y no propiamente literarias, entre las cuales se encuentra una edición estampada en Barcelona (182?) de la popularísima *Imitació de Crist*, de Thomas de Kempis (la obra ya había sido traducida al catalán en el siglo XVI), unas *Lletres apostòliques publicant lo jubileu, de Lleó XII*, editadas en Valencia (1824), las *Visitas al S. Sagrament y a Maria*, de Alfonso María de Liguori, entonces aun no canonizado, impresas en Vic (1825), la famosa edición de *Lo Nou Testament* (la primera en catalán), hecha en Londres (1832) a

6. Extraigo la citación de Jaume Tur, *Maragall i Goethe* (Barcelona: Departament de Filologia Catalana/Universitat de Barcelona, 1974), p. 56.

7. El inventario y el estudio de la producción de libros en catalán en el siglo XIX están mayormente aun por hacer; provisoriamente, véase Àlvar Maduell, «370 títols contra un mite: Edicions catalanes al primer terç del segle XIX», *Arrel*, nº 8 (marzo-abril 1984), p. 22-30.

cargo de la British and Foreign Bible Society, con el objetivo de difundir el protestantismo en tierras catalanas, y la *Demostració del Evangeli*, de Du Voisin, con ediciones en Cervera (1827) y en Vic (1829), adaptada por el dominicano fray Jaume Pontí, que había ocupado en Vic los cargos de prior del convento de Sant Domènec y de profesor de teología en el Seminario (1829-1832).⁸

En las décadas siguientes la situación no mejoró, con todo cabe destacar alguna obra, como la famosa traducción de *La Fuggitiva* (1834), de Tommaso Grossi, hasta hace poco atribuida a Joan Cortada y que el profesor Joan Mas i Vives, verosímelmente, la considera de Miquel Anton Martí.⁹ Hasta los años 80, insisto, no habrá, de hecho, traducción digna de este nombre en catalán, por bien que en Catalunya se traduce, y mucho, en castellano. En este sentido, hay que recordar que la mediación que Catalunya ejerció incorporando las corrientes estéticas y de pensamiento europeas –bebidas a través de Francia–, resultó decisiva para la cultura hispánica, como han demostrado los estudios de Hans Juretschke.

Sea como fuere, debemos situarnos en las dos últimas décadas del siglo XIX para ver un nuevo albor de traducciones. Cabe recordar que, en aquellos años, Barcelona se constituye en el principal centro productor de libros en España. Es el momento de la modernización del mundo editorial, que llega aquí más tarde que en otros países del mundo occidental. Esta modernización supone, entre otras cosas, la posibilidad de la profesionalización de los escritores. El ámbito lingüístico catalán, de todos modos, es ocupado por un mercado que básicamente produce obras castellanas, aunque los productores y consumidores de estas obras son sobretodo la burguesía y la intelectualidad catalana. Esta contradicción y los intentos por superarla son, como es sabido, algunos de los aspectos que caracterizan a la Renaixença. El hecho es que la profesionalización de los escritores que se expresan exclusivamente en catalán es muy difícil y tendremos que esperar, como ya he dicho, al siglo XX para que se pueda hacer realidad, aunque con frecuencia de manera precaria.¹⁰

La debilidad del mercado editorial en catalán y las dificultades de profesionalización explican suficientemente que hasta finales de los años 70 no aparezcan proyectos de constituir colecciones literarias en catalán. Creo que hay que considerar a la «Biblioteca del Diari Català», formada como folletín de este periódico que fundó y dirigió Valentí Almirall, como el primer intento serio de programar una colección moderna en lengua catalana que recogiese traducciones de primeras figuras clásicas y contemporáneas de la literatura y el pensamiento universal. Esta biblioteca publicó sólo tres títulos entre 1879 y 1881 y se interrumpió con la quiebra del diario este último año. Pero la selección resulta muy elocuente: *la Ilíada*, de Homero, –calificada como «el poema más grandioso que nos ha dejado la antigüedad»–, el *Viatge d'un naturalista al rededor del mon*, de Charles Darwin —de quien dicen que es «el sabio más profundamente reformador de nuestros tiempos»—, y una antología de narraciones cortas de los norteamericanos Bret Harte y E.A. Poe —el primero una

8. Para una biografía de este personaje, véase Ignasi Roviró, *Diccionari de filòsofs, teòlegs i mestres del Seminari de Vic (1749-1968)* (Vic: Patronat d'Estudis Osonencs, 2000), p. 227-229.

9. «Sobre Miquel Anton Martí i la traducció de *La Fuggitiva*, de Tommaso Grossi», *Els Marges*, 53 (septiembre de 1995), p. 71-76.

10. Sobre estas cuestiones véase el notable estudio de Jordi Castellanos, «Mercat del llibre i cultura nacional (1882-1925)», *Els Marges*, 56 (octubre de 1996), p. 5-38.

novedad en la península y el segundo antologado con piezas no traducidas «a ningún idioma español». «Creemos —decían al anunciar la publicación de estas obras— que nuestros lectores preferirán esto a cualquiera de estas novelas sin sustancia que de segunda o tercera mano vomitan (como dicen los castellanos) las prensas madrileñas». ¹¹ Y es que los hombres del *Diari Català* pensaban en estas traducciones como en una herramienta de modernización cultural y de regeneración social. Cabe aun mencionar, ni que sea rápidamente, que el *Diari Català*, además, prestó atención también a las traducciones en dos de los suplementos que editaba. En la sección literaria de los jueves aparecieron 25 textos de 10 autores diferentes, entre los cuales la primera traducción al catalán de Alexander Puixkin y las primeras de Leopardi y de Zola. En el otro suplemento, «Modas y Labors», destinado al público femenino, incluyó también un folletín, *Lo mirall del diable*, una obra amorosa francesa de autor desconocido, a pesar de la afirmación de no querer editar novelas «sin sustancia». Y, además, en un certamen literario que organizaba trimestralmente, al lado del premio a un «trabajo de imaginación», se convocan otros tres: uno de ensayo, uno de investigación y uno de traducción.

En los años 80 y 90 del siglo XIX, la traducción está presente en todas las publicaciones catalanas y acaba incorporada a algunas colecciones, donde tiene una presencia destacada, como en «Novelas Catalanas y Extranjeras», folletín del diario *La Renaixensa*, que apareció durante diez años, y que se abrió, significativamente, con cuentos de León Tolstoy. El traductor y crítico Ernest Moliné i Brasés, al comentar en el diario, el 1903, las novedades en traducciones que ofrecían la «Col·lecció Popular de l'Avenç», la «Biblioteca Joventut» y los folletines de la misma *La Renaixensa*, afirmaba: «En muy poco tiempo se han se han publicado en esta ciudad un sinfín de traducciones catalanas de obras extranjeras. (...) Apuntamos este hecho como una saludable tendencia. Fortalecida la literatura renaciente con una vida de medio siglo, ya tiene pecho para respirar a pleno pulmón el aire removido i fortalecedor de las corrientes literarias europeas (...). Es muy conveniente (...) que todos los aficionados a la buena literatura, tengan un conocimiento aproximado de las corrientes modernas. El valor, pues, de estas traducciones, como el de casi todas aquellas en que el autor no tiene la pretensión de trabajar muy fino, es más informativo que literario; sirven para comunicarnos con otras literaturas que tienen elementos dignos de influir en la nuestra, comunicación siempre indispensable si no queremos quedar estancados y retrasados.» ¹²

Ya se puede observar que para el crítico lo importante no es la calidad de la traducción —cosa sorprendente vista con ojos de hoy—, sino la comunicación con otras culturas por la modernización que ello comporta. Moliné, como hombre de la *Renaixença*, estaba más por la presencia y la cantidad que no por la calidad. No le podemos culpar por ello, porque lo que veían los escritores *renaixencistas* era que en aquel antiguo desierto empezaba a despuntar un poco de verdor y lo que entonces interesaba era básicamente extender los cultivos. El paso cualitativo se lleva a cabo precisamente en la primera década del siglo XX, con el grupo modernista.

11. Extraigo la citación de Josep M. Figueras, *El primer diari en llengua catalana: El Diari Català (1879-1881)* (Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1999), p. 262. He modernizado la ortografía.

12. Ernest Moliné i Brasés, «Traduccions (Biblioteques Joventut, L'Avenç i La Renaixensa)», *La Renaixensa*, 23-9-1903, ed. de la tarde.

En efecto, sólo tres años después del artículo de Moliné, un crítico y traductor modernista, Manuel de Montoliu –un hombre muy bien preparado lingüísticamente y literariamente–, en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana, celebrado en Barcelona en 1906, ya daba otra visión de lo que debía que ser la traducción. Por un lado, defendía su necesidad para «evitar que nuestro espíritu nacional, cerrado a los aires de fuera, viva, como un nuevo Narciso, en una estéril contemplación de sí mismo, no hay ningún medio tan eficaz y de tan inmediata aplicación como el que ofrecen las traducciones». Por otro, destacaba «la conveniencia y la urgencia» de crear colecciones «populares y económicas». Y proclamaba un principio entonces difícil de conseguir, pero hoy sólidamente asentado: «Hay que dejar establecido como único procedimiento honrado de traducción traducir directamente, en todos los casos posibles, de la lengua original del autor».

Montoliu clamaba también por la traducción de los clásicos: «No podemos desmayar hasta tener traducidos al catalán moderno todos los libros de las literaturas clásicas»,¹³ un clamor que quince años más tarde recogería la Fundació Bernat Metge.

La aportación del Modernismo a la historia de la traducción catalana representa un paso adelante inmenso en relación a las etapas anteriores. Y esto, como ya he apuntado antes, en el aspecto de la calidad y, evidentemente, en el de la cantidad. No podía ser de otra manera con un movimiento que pretendió transformar la sociedad catalana creando una cultura nacional autosuficiente, moderna y europea. En este contexto surgieron también muchas iniciativas editoriales que incorporaron las traducciones, ya sea en colecciones mixtas de autores locales y extranjeros (la mayoría), ya sea en colecciones exclusivas de autores extranjeros. Además, se incorporan a la tarea traductográfica personas con buena formación lingüística, cosa que permite traducir directamente de la lengua original en muchos casos, aunque el papel del francés como lengua intermediaria continúa siendo importante. Cabe destacar, de todos modos, que ahora también el alemán, lengua bien conocida por algunos de los nuevos traductores, permite incorporar además autores nórdicos y eslavos. El papel del inglés, por el contrario, es muy poco relevante como idioma de mediación, si bien ahora ya tenemos traducciones directas de autores anglosajones.

El Modernismo es relevado hacia 1910 por el Noucentisme. A pesar de sus diferencias, los dos movimientos coinciden en la voluntad de recuperación nacional y de modernización cultural, aunque los *noucentistes* se servirán más conscientemente de las traducciones como de un banco de pruebas lingüístico, como una forma de llenar vacíos históricos y, naturalmente, como una manera de imponer modelos. Amparados por la obra institucionalizadora de Prat de la Riba y de la Mancomunidad, la dinámica editorial y literaria entra en vías de normalización. El escritor francés Jules Romains, en un artículo de 1920, escrito con motivo de una visita a Barcelona, lo constataba así: «Muchas naciones han sido fundadas por la espada, la Nueva Catalunya ha sido fundada por los libros».¹⁴

13. El texto completo de Montoliu, «Moviment assimilista de la literatura catalana en els temps moderns. Conveniència de que's fassin moltes traduccions i esment ab que cal fer-les», en Montserrat Bacardí, Joan Fontcuberta y Francesc Parcersas (eds.), *Cent anys de traducció al català (1891-1990). Antologia* (Vic: Eumo Editorial/Fac. de Traducció de la UPF/Dep. de Traducció de la UAB/Fac. de Traducció de la UVic, 1998), p. 37-43.

14. La citación procede de Josep M. Roig Rosich, *La dictadura de Primo de Rivera a Catalunya. Un assaig de repressió cultural* (Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995), p. 615.

La dictadura de Primo de Rivera vino, en 1923, a dificultar aquel renacimiento y, a pesar de ello, al menos en el campo de la edición, el impulso no se paró. Recordemos algunas de las editoriales destacadas del período: Publicacions de La Revista (1915), Foment de Pietat Catalana (1916), Catalana (1917), Alpha (1923), Barcino (1924), Catalònia (1924), Mentora (1926), y Proa (1928). Todas, junto con otras más efímeras, contribuyeron a la traducción, tanto de literatura culta como de obras de consumo popular (especialmente importantes fueron las colecciones de novela rosa). Es una época de fiebre traductora –reflejada igualmente en numerosas revistas– y también de algunos grandes traductores que ahora empiezan su tarea; recordemos tan sólo el insigne terceto formado por Josep Carner, Carles Riba y Marià Manent. Las traducciones pasaron de representar en 1926 un 9,6% de la producción catalana (un 7,77% en el conjunto del Estado) a representar un 24,3% en 1930 (un 10,26% en el Estado).¹⁵

No podemos cerrar esta etapa histórica sin hacer una mención especial de las obras impulsadas por el mecenazgo de Francesc Cambó, que por su ambición y sus resultados resultaron de una enorme eficacia: la traducción de la *Biblia* (Fundació Bíblica Catalana, 1922) y de los clásicos griegos y latinos (Fundació Bernat Metge). En el programa de presentación de la Fundació Bernat Metge (1922), redactado por Joan Estelrich, que sería su director, se declara que, «encontrándonos en un período de reconstrucción nacional», ahora que «nuestro pueblo se encuentra ya maduro en el ideal nacionalista», habrá que ponerse al nivel de las «naciones más cultas» y, por tanto, estar presentes en el «nuevo clasicismo» que surgía en Europa: «en este nuevo clasicismo, Catalunya estará presente; en este nuevo renacimiento, Catalunya estará presente».¹⁶

Con la llegada de la República y la reinstauración de la Generalitat parecía que finalmente se podría entrar en una fase de estabilización. Ya sabemos, por desgracia, como fueron aquellos años, por otro lado tan intensos literaria y culturalmente y, pues, tan fructíferos para la traducción.

II

El nuevo orden impuesto en 1939 por los vencedores de la guerra civil se basaba en el nacionalismo español tradicional, es decir, aquel que contempla un solo modelo, monolítico y excluyente, de lengua y cultura. Esto se concretó, por lo que ahora interesa a nuestra tema, en la prohibición absoluta del uso público del catalán ya desde el mismo momento de la entrada de las tropas franquistas en cualquier lugar de Catalunya. La instauración de una legislación absolutamente represiva sobre prensa e imprenta, con capítulos especialmente dedicados a los «idiomas regionales»,

15. Datos reportados por Francesc Vallverdú, «L'edició catalana de 1923 a 1930», *Els Marges*, 9 (1977), p. 36.

16. Disponer de los clásicos era visto como cosa esencial: «Aquest Ressorgiment nacional fóra poqueta cosa si no ens hagués d'integrar dins la llatinitat, dins l'Europa essencial. Per virtut de la nostra revifalla ja tornem a conèixer dies mil·lors. Tornem a gustar la gaia ciència i a parlar el llenguatge de la poesia. L'edifici sols serà complet i acabat, però, quan tindrem, dins d'aquest retorn, els autors eternalment exemplars, en viva llengua nostrada». Las citas proceden de la antología citada en la n. 11, p. 83-84.

tuvo en la censura un instrumento de aplicación muy arbitrario, al tiempo que muy eficaz, y que hoy, gracias a los trabajos de Maria Josepa Gallofré conocemos bastante detalladamente.¹⁷

Las consecuencias para la lengua y la cultura catalana fueron demoledoras, y de la ingente obra de reconstrucción nacional llevada a cabo desde la Renaixença hasta entonces ya no quedó sino el recuerdo. Hubo que trabajar, como de consuetud, con los restos de un naufragio. Y es un escarnio sin atenuantes que ahora se pretenda negar la historia misma, una historia que muchos de los que estamos aquí hemos vivido de primera mano. Me refiero, naturalmente, al intento de revisar la era de Franco como si nuestra lengua y nuestra cultura hubiesen salido incólumes, como si no hubiese habido ninguna persecución idiomática, cultural y política.

El periodo 1939-1962 fue, en este sentido, el más traumático. Ya de entrada, los vencedores prohibieron la circulación de la mayor parte de los libros catalanes existentes, de los cuales una parte fueron destruidos y convertidos en pasta de papel. Por lo que se refiere a nuevas ediciones, se fueron autorizando con cuentagotas y ni la temática del libro propuesto o la condición de adepto al Régimen del autor no eran garantía de publicación. Y en los primeros años, además, la edición de lo que se llamaba «clásicos y consagrados» (como en el caso de Verdaguer y de los mallorquines Joan Alcover y M.S. Oliver) se autorizaba «para eruditos» y «con la ortografía de la época», una condición de escarnio establecida por Antonio Tovar, subsecretario de «Prensa y Propaganda» del Ministerio de la Gobernación, que era filólogo de profesión y como tal sabía muy bien que así, anulando la obra normativizadora de Fabra, se daba un golpe durísimo a la lengua catalana porque se la convertía en algo arcaico e ininteligible.

En este contexto, en que no se daba permiso ni para reeditar catecismos en catalán en el Principado ni en Mallorca, la edición de traducciones no podía ni plantearse. En 1941, por ejemplo, después de mil gestiones de Joan Estelrich, mano derecha de Cambó, se autorizaban dos obras que se vendían por suscripción y, por tanto, circularían fuera de los canales habituales del comercio: el vol. IX de la *Biblia* que antes de la guerra había empezado a publicar la Fundació Bíblica Catalana y las *Vides Paral·leles*, de Plutarco, de la Fundació Bernat Metge. Con todo, la obra de Plutarco se consintió con la condición que se editara también en castellano. Estas dos excepciones conviven con la prohibición de obras y autores antiguos de todas las épocas como Dante, Joan Lluís Vives o E.T.A. Hoffmann. Si con el paso de los años se fueron autorizando algunas reediciones de obras catalanas anteriores al 36 y algunas nuevas, las traducciones se convirtieron en un obstáculo insalvable donde la censura no cedió ni un ápice hasta los cambios normativos de 1962. No había nada más peligroso que las traducciones, ni que fueran cuentos infantiles (en 1951 se prohibía aun *La rateta que escombrava l'escaleta*). Y las excepciones que hubo no harán sino confirmar que la voluntad de reducir la cultura catalana – y la lengua en que se expresaba – a un fenómeno folclórico y provinciano, cerrado en sí mismo y, como mucho, de interés para los eruditos.¹⁸

17. Véase de manera especial *L'edició catalana i la censura franquista (1939-1951)* (Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991).

18. La *Divina Comèdia*, de Dante, traducida por Sagarra y prohibida en 1942 y en 1945, fue autorizada en 1948 en edición de bibliófilo de 350 ejemplares, igual que la versión de *l'Odisea*, de Riba, con una tirada de 300 ejemplares, y

A principios de la década de los 60 se produce un, digamos, cambio de coyuntura en la España franquista. Se levanta entonces la prohibición de las traducciones al catalán y se crean algunas editoriales nuevas que tendrán gran trascendencia, como Edicions 62 (1961), o retoman la actividad alguna de las más destacadas de antes de la guerra y el exilio, como Proa (1964). Joaquim Molas, al hacer balance del movimiento literario de 1962, constataba que la producción de «traduccions es, aun hoy, prácticamente irrisoria». Al año siguiente, por el contrario, decía: «Probablemente, el hecho más importante del año 63 ha sido que tres o cuatro editoriales de Barcelona estrictamente comerciales han iniciado series de traduccions catalanas de novelas.» En su análisis exponía algunos de los muchos beneficios que una política de traduccions podría comportar para superar la precariedad literaria en que había quedado el país desde la guerra. Según Molas, las traduccions provocarían: a) «una verdadera competencia editorial»; b) «la cotización del autor»; c) «la profesionalización»; d) «la competencia del escritor extranjero consagrado con el nacional»; e) «el aumento de los géneros» literarios editados; y f) «el aumento de las tiradas».¹⁹

No se equivocaba Joaquim Molas cuando auguraba una fuerte revitalización de la traducción después de más de veinte años de silencio forzado. Aquel 1963 ya representó el 42,3% de la producción editorial catalana, y en 1965 llegó al 55%. Pero, como ha indicado Francesc Vallverdú, «ningún país normal puede ‘digerir’ un número tan alto de traduccions. En España (durante el período 1962-1977) ha oscilado entre un 22 y un 31 por ciento».²⁰

Y, naturalmente, después de esta «alegría», vino el descenso, que en 1973 llegó al 8,3% y que, afortunadamente, en los años siguientes se recuperó. De todos modos, las oscilaciones que se producen en estos años encienden algunas alarmas y Joan Triadú, uno de los críticos más influyentes y que sigue el tema de cerca, se ve obligado en sus comentarios en *Serra d'Or* a pedir algún tipo de planificación en la tarea traductora de las editoriales a fin de superar los problemas y desajustes del mercado, puesto que la traducción es esencial para la recuperación del país.²¹

con precios, según el tipo de edición, que oscilaban en las 1200 y las 4000 pesetas de la época. M. J. Gallofré lo resume en estos términos: «La voluntat de mantenir les possibilitats d'expressió pública dins els límits estrictes d'una petita part de la producció autòctona passava pel veto a les traduccions. Les transgressions aparents que la censura va fer de les seves pròpies regles no eren tals transgressions, ans al contrari, implicaven una confirmació dels cànons.» (*op. cit.* p. 428).

Se les «escapó» un volumen: *Les rondalles immortals*, de Lull-Mistral-Verdaguer, editado por Ariel, porque, según el censor, eran los tres «autores clásicos catalanes» (*op. cit.*, p. 384).

19. Estos balances fueron publicados originalmente en el *Llibre de l'any 1962* y en el *Llibre de l'any 1963* (Barcelona: Editorial Alcides, 1963 i 1964); posteriormente se incluyeron en *Lectures crítiques* (Barcelona: Edicions 62, 1975) y en *Obra crítica/1* (Barcelona: Edicions 62, 1995); los textos, en esta última edición, se encuentran en las p. 181 y 192-193, respectivamente.

20. «Cinquanta anys de l'edició en català (1936-1986)», en *Edicions 62, vint-i-cinc anys (1962-1987)* (Barcelona: Edicions 62, 1987), p. 111-118.

21. Son especialmente remarcables estos tres artículos: «Novel·la estrangera en català. Després d'una generació sense traduccions» (nº 106, julio de 1968, p. 39-41), «Panorama de la novel·la traduïda. Una qualitat sempre revulsiva» (nº 133, octubre de 1970, p. 61-75) y «Panorama de traduccions de novel·la i de narració» (nº 199, diciembre de 1972), p. 83-85.

Pero Catalunya aun no era un país normal. Una de las causas del descenso de las traducciones que se produce en la primera mitad de los años 70 se debe en parte a una razón de mercado muy clara: las traducciones catalanas son más caras que las castellanas. Esta situación empezó a normalizarse a partir de 1976, con el advenimiento de la democracia y de la autonomía. Los últimos 25 años la industria editorial catalana ha cambiado significativamente y, naturalmente, la producción traductográfica también lo ha hecho de manera muy positiva. Es innegable que también en estos años la traducción ha sido un aspecto importante en el proceso de recuperación nacional y cultural. Pero son unos años demasiado ricos y complejos para la traducción, y al mismo tiempo demasiado próximos, para que ahora intentásemos una aproximación ni que fuera muy sintética. Tendremos que dejarlo para otra ocasión.

Muchas gracias.